



PIÑA, CALABAZAS Y MELONES, 2002  
OLEO SOBRE LINO, 60 X 92 CM.



#### SU OBRA

El arte, y en especial la pintura, ha rodeado la vida de Pedro Diego Alvarado. Cuando niño, las obras y el estudio de su abuelo estuvieron presentes, conformando el entorno de sus juegos y travesuras; ellos estaban allí provocando en él una experiencia visual y sensible. Algunos años después, en ese mismo lugar, observó a Rafael Coronel trabajando en sus cuadros. Más tarde su decisión de ingresar a La Esmeralda marcó su primer acercamiento formal a lo que sería su profesión. Pedro Diego permaneció poco tiempo en La Esmeralda, y el salir de ella implicó un desvío temporal de su camino, ya que ingresó a la carrera de Física. Pero “algo” lo hizo regresar: quizá haya sido la propia vocación, o esa determinación interior que nos permite reencontrar el cauce perdido. De esta manera se acercó nuevamente a la pintura: asistió al taller del pintor Gilberto Aceves Navarro. Más tarde los dibujos del fotógrafo Henri Cartier-Bresson le entusiasmaron y viajó a París en busca de un contacto más cercano con él, lo cual logró al tenerlo como

## PEDRO DIEGO ALVARADO

#### SU VIDA

Pedro Diego Alvarado nació en la ciudad de México en el mes de febrero de 1956. Su padre es el arquitecto Pedro Alvarado Castañón y su madre fue Ruth Rivera Marín. Cuando tenía apenas un año nueve meses murió su abuelo, Diego Rivera, padre de su madre, y aunque era muy pequeño para asimilar el momento, comenta: “Yo guardé la imagen del día en que murió: él estaba en su cama. Pensé que lo había soñado, hasta que vi una fotografía de ese día, y entonces me di cuenta de que no había sido un sueño”. Ruth adoraba a su padre; trabajó con

él en el proyecto del Museo Anahuacalli, y posó para varios retratos. Existía entre ellos una identificación muy especial, por lo que Ruth sintió profundamente su muerte, y en lo interior difícilmente se sobrepuso a esa pérdida. Al poco tiempo, el matrimonio Alvarado Marín se separó y Ruth Rivera se fue a vivir con sus dos hijos, Pedro y Ruth, al estudio de Diego Rivera en San Ángel. Pedro lo recuerda: “Era un lugar poco propicio para vivir, pero mi mamá que era arquitecto, le adaptó una cocina en la planta baja y unas recámaras para mi hermana y para mí. Actualmente esas adaptaciones se han demolido. Me pareció un acierto haber regresado la construcción al proyecto original de Juan O’Gorman. El estudio de mi abuelo estaba arriba y se respetaba como un santuario. Se cambiaban las flores, se renovaban los tapetes de petate cuando se echaban a perder. Todos los objetos y todos los pinceles estaban tal cual los había dejado mi abuelo. Había también muchos dibujos y cuadros de él en la sala y el estudio. Mis primeros recuerdos son de jugar en ese estudio y de convivir con todos esos objetos. Recuerdo que los Judas todavía tenían ‘cuetes’, que mi hermana y yo prendíamos en el jardín”.

Pedro Diego también recuerda que en ese tiempo su madre, ejerciendo su profesión, empezó a trabajar en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, en el rescate de monumentos históricos; que al poco tiempo llegó a vivir con ellos el pintor Rafael Coronel, que se había casado con su madre, y que unos meses después nació su medio hermano, Juan